

Para el Vier-
nes Santo.

¡Qué cuenta tan terrible darán à Dios! Fueron elevados à los Tribunales Para hacer frente à la iniquidad, y la han introducido ellos mismos aun en el Santuario de la Justicia. Deben sostener en aquella silla los derechos de Dios y de la Religion; y son los primeros en violarlos. Jueces de la tierra, es verdad que vuestros puestos son altos y esplendorosos; pero ah, que vuestras obligaciones son terribles! Tomad à Jesus, dice Pilatos, llevadle al Pretorio y azotadle. Pero la rabia de los Judios no se contenta con que sufra el deshonor y vergüenza, y comienzan à pedir la muerte del Salvador, y à armar lazos à su vida. No os diré aqui, oyentes míos, que los Ciudadanos Romanos estaban esentos de el castigo de los azotes, y que descendiendo el Salvador de los Reyes de Judá, debia gozar de el mismo privilegio. Tampoco diré, que este castigo tenia sus límites, y que para no exceder en la pena, quedaba siempre inferior à la ley misma que la imponia: *Quadragenas una minus accepi*. Dice San Pablo, que lo experimentó despues por sí mismo; pero oy no se puede buscar la menor sombra de equidad. Atan à Christo à una columna, caen los golpes crueles de los verdugos, nada en su sangre: tal le páran, que ya no se le podrá conocer, dice Isaías: positivamente se juzgará que es un leproso: *Non erat aspectus*. Los Evangelistas se vén tan pasmados, tan consternados y tan mudos, que ninguno de

2. Cor. c. 11.
v. 24.Isai. c. 53.
v. 2.Para el Vir-
nes Santo.

de ellos tuvo animo para hacernos la descripcion de este paso; y si yo no debiera à vuestra piedad lo poco que he dicho, tambien lo pasára en silencio.

¡El Verbo Eterno bañado en lagrimas, y rebolcado todo en sangre! ¡Un Dios entregado à hombres mas crueles que Tygres, mas fieros que Leones, que huvieran respetado sin duda à su Criador! Un Hombre-Dios, que ni aun tiene la figura de hombre! ¡El Rey de Reyes con uua caña por cetro, y un andrajo de púrpura por Manto Real, y por diadema una Corona de espinas! ¡Su mismo Pueblo, su Pueblo escogido, le dobla por irrision la rodilla, le benda los ojos è insulta, desafiandole à que adivine quen le hirió! ¿Qué es esto Pueblo ingrato y desconocido? grita el Profeta Rey: Pueblo ciego, è insensato, ¿quieres que quien formó los ojos, no vea? *Qui finxit oculum, non considerat?* ¿Sabeis lo que haceis, dice San Leon, tapandole la vista? anuncias tu reprobacion, y nos significas, que el Salvador ha tomado en la realidad ese velo, y que como tú le pusiste sobre sus ojos, le ha puesto él sobre los tuyos para que no le conoscias. Nos enseña à aprovecharnos de tu ceguedad, y à que le reconozcamos por Dios, al mismo tiempo que tú apenas puedes reconocerle por hombre.

Sí por cierto: al mostrarle Pilatos al Pueblo con este triste adorno, yo le reconozco debajo de aquella Corona de espinas como à Rey de la

Psalm. 93.
v. 9.

Para el Vier-
nes Santo.

la gloria. En la Sangre que corre de todas las partes de su cuerpo, conozco el precio de mi redempcion. En sus manos atadas veo las que fabricaron el Cielo y la Tierra. *Ecce-Homo*. En efecto, veis aqui un Hombre-Dios, à quien en el Bautismo prometí imitar en el sufrimiento, y de quien espero en mi alma una mutacion tan admirable como la que ahora veo en su cuerpo. Sin salir de lo que pasa todos los dias, vemos pecadores detestar sus culpas à los pies de un Confesor: este impío que reconoce sus excesos, y los llora: aquel vengativo, que se reconcilia y abraza con su enemigo. Pues este Hombre-Dios es quien los convierte; este Hombre-Dios es quien muda sus corazones: *Ecce-Homo*.

Si le llevan, pues, al Calvario, alli le adoraré luego que conozca su amor. La única cosa que me altera los sentidos, y me inquieta la razon, es el odio de los hombres y crueldad de los verdugos. En efecto, ¿cómo le podré ver condenado à muerte, cargado con el instrumento de su suplicio, exhausto de fuerzas, titubeando con el peso, caer à cada paso, sin estremecerme lleno de horror? Con todo eso, mirad, dice San Bernardo, cómo le hacen levantar à puro golpe, cómo le despojan con violencia, y le renuevan las llagas; cómo le estienden barbaramente sobre aquel Altar, cómo le clavan en su Cruz, cómo le levantan, dejándole entre el Cielo y la Tierra, para que

sea

Para el Vier-
nes Santo.

sea todo el Universo testigo, como se dan à beber hiel y vinagre, para introducir los Sacerdotes el tormento à donde no habian podido llegar los golpes. ¿No es preciso quedar con esta vista pasmados, y mas viendo que se obscurece el Cielo, que la tierra se estremece, que se abren los sepulcros, y que el velo del Templo se rasga? Por lo que à mí toca, puedo decir, oyentes míos, que concibo ahora lo que es un Dios, pues tanto es menester para vengarle una injuria; que concibo lo que es un pecado, pues se necesita para pagarle la muerte de un Hombre-Dios; que concibo lo que es el amor de Christo, pues no reusó reparacion tan costosa; lo que es el infierno, pues fue menester tanto para librarnos de él. El mysterio que no concibo, ni concebiré jamás, y pudo decir que aun en la otra vida, es mi insensibilidad. En efecto, ¿os parece que si yo llegara à las puertas del infierno à decirles, aun à los mismos demonios, que havia muerto Jesu Christo por ellos, que no se convertirian todos, sin quedar uno solo en aquel fuego? ¿Os parece que si al ir Christo cargado con su Cruz àcia el Calvario, os hubiera rogado que le ayudarais à llevarla, lo hubierais reusado? ¿Creereis, que si al quitarle sus vestiduras, os hubiera dicho que los despojarais de vuestros adornos, lo repugnarais? ¿Creereis, que si al rogar su Magestad con el ultimo suspiro por sus enemigos, os encargara que perdonarais los vuestros, los per-

om Tom. IV.

E

si-

34
Para el Vier-
nes Santo.

SERMON DE LA PASIÓN

siguierais? ¿Haceis juicio, que si le hubierais visto morir en su Cruz, le dierais el ultimo golpe para que acabase? Pues qué? ¿no son vuestras culpas quien le ha puesto en este estado? Todos, ó gran Dios, podemos responder que sí. Yo soy quien os dió el golpe mortal? *Ego interfeci Christum Domini.* Yo con mis pensamientos culpables formé vuestra corona de espinas. Yo con mi vista licenciosa eclipsé vuestros ojos en las sombras de un sepulcro. Yo con mis discursos perversos y encaminados à mal, amargué vuestra lengua con la hiel y vinagre. Yo con mis malos deseos herí vuestro corazón. Yo con mis injusticias y con mis pasos perdidos clavé en la Cruz vuestros pies y manos; y yo con mis sensualidades puse todo vuestro cuerpo en tormento; *Ego interfeci Christum Domini.* Y bien, pecadores obstinados, aquí os le ofrezco todavia en la Imagen del Crucifixo que vais à adorar; heridle todavia con mil golpes, colocadle en vuestros quartos, donde sea testigo de vuestras impurezas, ó escondedle, si queréis, de modo que no quede en vuestras casas seña alguna del Christianismo, y quando le viereis, à lo menos en las Iglesias, volved à otra parte la vista, para que no os hable al corazón. Pero quando de aquí à pocos instantes adoreis la Cruz, y os posteis en su presencia, y os arrodilleis à sus pies, miradle bien, contempladle de espacio, y decíos à vosotros mismos: A este

DE N. SEÑOR JESU CHRISTO. 35
me he de presentar quando yo muera, y si entonces no soy semejante à él, su muerte misma, aunque padecida por mis pecados, me será inutil. Pero no, no sea así, antes bien arrojaos en sus brazos, pues los abre para recibirnos: escondednos en sus llagas, y buscad en ellas asilo contra su justicia. ¡Ay Señores! ¡de quando en quando mirais con una vista eloquente al Cielo! ¡Algunas veces arrojais suspiros, que dicen mucho en orden à vuestra salvacion! ¡Y acaso aora mismo os veis conturbados, volviendo muchas veces sobre vosotros mismos y ácia vuestras conciencias la vista! ¿Por qué, pues, no os rendís à vuestro mismo dolor y sentimiento? Si oy no os convertís, ¿quando os convertireis? Señor, por lo que padecisteis, por vuestros tormentos mismos, haced que nos aprovechemos de ellos en tiempo, para que os gocemos en la eternidad de la gloria, que esperamos, y que os deséo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

